

**HOMENAJE a Don Claudio Sánchez Albornoz
con motivo del décimo aniversario de su fallecimiento
organizado por el Seminario de Edición y Crítica Textual
y el Centro Argentino de Estudios Históricos
"Claudio Sánchez Albornoz" de Buenos Aires**

**Academia Nacional de la Historia
18 de octubre de 1994**

**Fundación Banco Mayo
25 de octubre de 1994**

Cuatro enfoques de la personalidad
de Don Claudio Sánchez Albornoz:

- Una trayectoria cumplida
- El historiador
- El maestro
- Una polémica ilustre

HOMENAJE A DON CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ
en la Academia Nacional de la Historia
18 de octubre de 1994

Palabras de ofrecimiento del Homenaje
por el Prof. Dr. Germán Orduna

Ut te postremo donare munere mortis

Al escribir estas breves palabras acude a la memoria el verso del poeta latino aprendido en los años de formación universitaria. La generosa acogida del Sr. Presidente me permite hoy hacer público el homenaje último que he querido tributar "a la memoria de don Claudio Sánchez Albornoz maestro de medievalistas", como se lee en la dedicatoria que encabeza el volumen I de la edición crítica de la *Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*, obra que hoy me complace en entregar para la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, al cumplirse los 10 años de la muerte del querido maestro y amigo.

Casi todos los aquí presentes lo han conocido y muchos hemos gozado de sus enseñanzas y su amistad. En mi caso, he sido su interlocutor —por especial deferencia de su parte— en los veinte últimos años de su vida, hasta la víspera de su traslado a España.

En esta ocasión es oportuno rescatar una frase que le oí repetir: "He trabajado mucho y he hecho trabajar mucho".

Por cierto, del trabajo sacó las fuerzas para vivir con dignidad el duro y prolongado tiempo del exilio.

Cuando la vida de este gran hombre se apagaba melancólicamente en un sanatorio de Avila y digo "melancólicamente" porque, aunque estaba asistido por sus hijos de la sangre, tenía lejos, en Argentina, a sus otros hijos del intelecto, sus discípulos de 45 años de exilio y más de 60 vols. de los *Cuadernos de Historia de España*, cuya dirección ya no podía ejercer.

En esos meses, durante los cuales los periódicos traían noticias de los males de don Claudio en Avila y a veces incluían alguna página dictada desde el lecho, se veía cerrar una historia vital en la que la Providencia había signado un destino que don Claudio cumplió en forma óptima.

Estaba destinado por sus dotes naturales y por su abolengo, a ser una descollante figura política en la España de la primera mitad del siglo XX.

Las intervenciones en las Cortes y sus misiones diplomáticas parecían confirmar una brillante carrera política. Pero don Claudio llevaba la pasión del intelectual, manifiesta en la espléndida oratoria, en la pluma elocuente, y también la innata pasión del historiador, surgida bajo el magisterio de Eduardo de Hinojosa y acrisolada en el Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Fue don Ramón Menéndez Pidal quien, recién casado don Claudio, lo instó a presentar un trabajo original para optar al premio Covadonga. "Es para Vd. un deber, como alumno de Hinojosa, presentarse a esta convocatoria...". "Don Ramón, es que estoy casado desde hace pocas semanas". "Haga como yo, que seguí en mi viaje de bodas la ruta del Cid". Y allá se fue don Claudio con su joven esposa a copiar documentos en León, Oviedo, Santiago, Porto. Así se reunieron los centenares de papeletas con que la Providencia preparaba su gran destino.

Don Claudio dictó febrilmente las *Instituciones sociales y políticas del Reino de Asturias*, improvisando oralmente la redacción del texto con un estilo fluido y brillante que no lo abandonaría hasta su muerte, y ganó en 1922 el Premio Covadonga, utilizando una documentación original nunca manejada en su conjunto, que sería el tesoro del exilio.

Todos conocemos las peripecias de este *corpus* documental. Al salir de Madrid para asumir la embajada de la República española en Lisboa, "el día de San Isidro" de 1936, don Claudio dejó el corpus en

el tesoro del Banco de España y partió sin saber que no volvería a Madrid hasta 40 años después. La Providencia le abrió los caminos para cumplir otra misión.

Refugiado en Burdeos supo que el tesoro del Banco de España había sido llevado a Valencia y voló entonces desde Francia para recuperar su *corpus* documental. Con estos materiales empieza a trabajar sobre los orígenes del Feudalismo.

Cuando debe huir de Burdeos en unas pocas horas, porque le avisan que los alemanes van a entregar los refugiados españoles a Franco, amigos franceses lo llevan a territorio del gobierno de Vichy en auto y al cargar el breve equipaje incluyen la caja de las papeletas, el tesoro ignoto que alimentará su exilio.

Con ese tesoro llega en un verano a Mendoza, contratado por la Universidad de Cuyo, después de haber viajado de Marsella a Argel, de Argel a Casablanca, donde bajó a un pequeño velero, que cruzó de noche frente al estrecho y lo llevó a Lisboa con permiso de embarque a Buenos Aires.

El receso universitario en Mendoza daba tiempo libre al exiliado, que sólo podía cubrir su ocio dando vuelo a la pluma y así inicia en la prensa local su extensa obra de colaboración en periódicos argentinos, de donde nació que se difundiera su nombre fuera de los medios académicos y constituyeran sus artículos lectura esperada por hombres de alta y de humilde condición.

Allí donde enseñó don Claudio, allí cosechó la admiración y el afecto de sus alumnos que pasaron a ser sus discípulos. Al recoger colaboraciones para el Homenaje que propicié para sus 90 años, en pocos meses se reunieron materiales para 6 gruesos volúmenes, y en ellos aparecen nombres de discípulos argentinos de don Claudio que jamás habíamos sabido que lo fueran: de Mendoza, de Rosario, de la provincia de Buenos Aires.

La personalidad de don Claudio, en el vigor de la edad, con poco más de 40 años, desbordó rápidamente la región cuyana y en 1942 la Universidad de Buenos Aires crea para él, el Instituto de Historia de España. En 1944 publica los tomos I y II, reunidos en un volumen. Leemos allí, en la "Advertencia", palabras que muestran un programa de trabajo, un rumbo claro y un empuje que no se desmintieron en cuatro décadas de acción infatigable. Don Claudio comenzaba

en el exilio a labrar su monumento perenne: la escuela de historiadores argentinos dedicados a la Edad Media española, que fue admiración del mundo académico internacional.

Creo que es propicia esta ocasión y este ámbito, que generosamente ha brindado la Academia Nacional de la Historia, para leer algunos párrafos de la "Advertencia" del tomo I [1944] de los *Cuadernos de Historia de España*. Cincuenta años después, adquieren valor de un proyecto que se cumplió:

La incomunicación total en que vivimos con los estudiosos de la historia española de allende el Atlántico y la falta de materiales y de bibliografía que padecemos, nos obligará, por ahora, a verter nuestra atención sobre aquellos temas que podamos estudiar científicamente con los documentos de que disponemos en Argentina. Por fortuna he logrado salvar muchas de mis fotocopias y de mis notas y he hallado en Buenos Aires muchos textos indispensables para nuestros trabajos. Pero aun así, mientras no cesen las tristes circunstancias actuales, no podrá menos de ser muy limitado el campo de acción de nuestras investigaciones.

En estos días hace veinte años que iniciaba la preparación de otra revista consagrada a la historia de mi patria. Había logrado reunir en torno a la memoria del maestro Hinojosa a algunos profesores de historia política y de historia jurídica y, con su preciosa colaboración, me lanzaba a la aventura de publicar el *Anuario de historia del derecho español*. Me enorgullezco de haber concebido y realizado aquella empresa. [...]

Son muchos veinte años de trabajo científico para que su recuerdo resbale indiferente por mi ánimo, al iniciar aquende el mar una empresa pareja de la ya realizada en España. Perdonad por ello, que, al término de esta advertencia, no pueda callar mi gran emoción al rememorar, en esta mi segunda salida, a los colegas y discípulos que me acompañaron o que me siguieron en mi quijotesca primera aventura. La vida empieza un poco cada día. He comenzado una nueva en la Argentina; para mí, segunda patria. Pero el hombre, como la humanidad, no es sino historia, y aquí tengo a mi lado la mía, empujándome hacia el mañana. Que los éxitos de los viejos y los nuevos discípulos me permitan un día parafrasear la conocida frase del antiguo romance

castellano: "Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciese".

El *corpus* documental y las fotocopias, el tesoro del exilio, produjo ciento por mil a orillas del Plata. Buenos Aires era la gran capital de los exiliados españoles, de los que don Claudio llegó a ser Presidente dignísimo e insobornable, y peleando por los ideales españoles, trabajó infatigablemente e hizo trabajar mucho a sus discípulos del Instituto de Historia de España.

La aparición de *España en su Historia. Cristianos, moros y judíos*, de Américo Castro, en 1948, fue ocasión para que don Claudio irrumpiera en la palestra internacional iniciando la encarnizada polémica que se desató en *Cuadernos* y se concretó en *España: un enigma histórico*, de 1956. Polémica que dividió el campo de los historiadores hispanistas hasta hoy y en el que fue real vencedor don Claudio, como me propongo demostrar en la Mesa Académica auspiciada por el Centro Argentino de Estudios Históricos "Claudio Sánchez Albornoz" (*vid. infra* pp. 348-356).

Trabajó mucho e hizo trabajar mucho, hasta el último minuto en Buenos Aires, cuando, entre lágrimas, lo subieron al avión que lo llevaría definitivamente a España.

Don Claudio no sabía que, al escribir un párrafo de su "Advertencia" de 1944, estaba profetizando cómo iba a ser el fin de sus días, cincuenta años después.

Los hombres pasamos muy de prisa. Pasaré como todos. Acaso vuelva un día a morir a mi patria. Quiero —y he elegido de propósito el verbo que más puede significar en español una firmeza de voluntad— que al abandonar un día América, en retorno a la tierra en que vine a la vida o para emprender el último viaje, quede prendida en Argentina la semilla de la investigación de la historia española, que hoy empiezo a derramar entre sus estudiosos.

En 1980 pensó que su vida se cerraría en el exilio, y lo asumió como lo mejor que podía ocurrirle y fue su voluntad que una voz pregonara en su sepelio:

Descanse en paz, Claudio Sánchez Albornoz, que murió en la Argentina con el pensamiento y el corazón en España.

Y fue exactamente al revés: murió en Avila, puesto el pensamiento y el corazón en Buenos Aires.

El buen caballero español, paladín de España en tierras del Plata, volvió como el hidalgo manchego de la segunda salida, "encantado" y llevado por otros, que lo alejaron para siempre del campo de sus hazañas; pero aquí quedó "la semilla de la investigación de la historia española" y como prueba de ello he querido traer hoy aquí y dejar en mano de sus pares, académicos de la Academia Nacional de la Historia en la Argentina, esta colaboración para el mejor conocimiento de la historia de España en el ocaso de la Edad Media, que es el primer volumen de la edición crítica de las *Crónicas* del Canciller Ayala, realización primera del proyecto que concibió Jerónimo Zurita hace cuatro siglos

"a la memoria de don Claudio Sánchez Albornoz
ilustre maestro de medievalistas".

Discurso de la Académica de la Academia Nacional
de la Historia, Dra. Nilda Guglielmi

Agradezco al señor Presidente la invitación de hacer uso de la palabra en este acto organizado para recibir la valiosa y cuidada obra realizada por el doctor Germán Orduna, donada por el SECRET (Seminario de edición y crítica textual-CONICET), acto que nos convoca también para referirnos a don Claudio Sánchez-Albornoz a cuya memoria se dedica el trabajo.

En los últimos tiempos muchos homenajes se han realizado, en conmemoración de su natalicio y muerte. En ellos se han presentado múltiples facetas de su personalidad y de su quehacer, que para mí pueden concentrarse especialmente en las de historiador y político. Por ello quiero destacar las palabras del doctor José Luis Martín, presidente de la Fundación Sánchez-Albornoz de Avila, en el reciente homenaje que la Universidad de Tucumán tributara al historiador hispano. El doctor Martín señaló el didactismo que la historia permitió a Sánchez-Albornoz en su labor política. En sus debates parlamentarios trajo a colación los problemas campesinos medievales para ilustrar y convencer a sus colegas de parlamento acerca de necesarias transformaciones agrarias. Sin caer en el anacronismo que su capacidad de fino historiador le vedaba, pero sí estableciendo una flexibilización entre contemporaneidad e historia, entre realidad inmediata y realidad lejana.

Fue historiador y político —decimos— y esa dualidad nos ilustra acerca de su peripetia vital y de su labor científica. En su vida las fechas se desgranaban señalando ya una, ya otra alternativa. Y en ellas las preguntas son esenciales.

Creo que cuando nos acercamos a la obra de los grandes maestros surgen una serie de interrogantes entre los cuales se destacan algunos con mayor evidencia: *cómo lo hacen*, pero esencialmente, *por qué lo hacen*.

En los últimos tiempos los historiadores —sobre todo franceses y algún polaco como Geremek— se han mostrado proclives a cultivar el género de lo que podríamos llamar *ego-histoire*. Reflexiones que

quieren explicar a los otros —suponemos que también explicarse a sí mismos— por qué eligieron ese peculiar camino que es la historia y por qué lo recorrieron de una cierta manera. Reflexiones sobre el ser humano que pretenden ser ellos, actitudes que esperan de los demás, experiencias que desean transmitir. Dice Jacques Le Goff: “Lejos de ser un peso, la historia puede ser un bagaje de creación y de liberación”. Se refiere, sin duda, a Polonia, que tan bien conoce cuando agrega: “Los pueblos de más allá de la cortina de hierro que han pertenecido a la Europa de la Cristiandad latina encuentran en ese pasado, además de la religión, recursos que pueden permitirles hoy resistir mejor, mañana resurgir mejor”.

Muchos ejemplos podríamos tomar de estas jugosas introspecciones, que nos revelan a hombres y vocaciones. Sánchez-Albornoz no fue ajeno a este diálogo que entabló con sus lectores para explicar y para explicarse, como acabamos de decir.

En un libro aparecido en 1990, *Marc Bloch, aujourd'hui*, aparece una frase definiendo al historiador francés: *L'homme dans l'histoire*. Creo que es frase que puede definir también al historiador hispano.

Fue un hombre *en la historia*, en la suya, en la que le tocó vivir y en la del pasado. Creo que no podemos entender su obra histórica sin conocer su vida y, sobre todo su decisión política.

En él se dio plenamente lo que propone José Luis Romero [Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1978, p. 31]: “la historia no se ocupa del pasado. Le pregunta al pasado cosas que le interesan al hombre vivo, aparte de ser un poco la ciencia de las ciencias”.

Creo que Sánchez-Albornoz se propuso esa tarea de interrogar, esa mayéutica para cumplir plenamente su misión de político, su labor de historiador.

Dice en la segunda edición de *España, un enigma histórico*: “La pasión por explicarme y por explicar todo el enigma de la historia española me lanzó a la tarea y me sostuvo en el trabajo”. Luego agrega: “sin mi innata curiosidad por develar problemas históricos, sin mi irrefrenable inclinación a enfrentar teorías erróneas, mi férvida vocación por la verdad en la historia y en la vida no habría emprendido jamás la gran aventura que constituyó la publicación de estos dos

volúmenes. Pero creo que junto a escribir *España, un enigma histórico*, mi pasión por la patria lejana y perdida" [4a. ed. *Enigma*, p. viii].

Debemos subrayar hoy especialmente su perfil de historiador. Grandes temas y una dirección determinada por los tiempos y los intereses de la época. Su tarea de historiador corresponde claramente a aquello en lo que hoy se insiste aunque ya fuera dicho por Marc Bloch en *Combats pour l'histoire*: el historiador no puede ser un juez implacable y distante sino debe sentir las pasiones que están ínsitas en su estudio.

Georges Duby pide al historiador *clarté et passion*, así como Romero solicita *pasión y oficio*.

Lucidez y pasión. Al parecer, términos antagónicos. Esto me lleva a preguntarme si Sánchez-Albornoz, nacido en el siglo pasado, de formación claramente erudita, se sintió extraño a esta actual e insistente aspiración, si se expresó como un Minos omnipotente y severo. Basta asomarse a cualquiera de sus obras para comprender que fue muy otra cosa que ese juez severo e inmutable.

Pero retorno al libro mencionado anteriormente, *Marc Bloch, aujourd'hui*. En él, destacados historiadores actuales, luego de evocar la figura personal, retoman las ideas y los grandes temas tratados por el estudioso y las confrontan con los resultados y las investigaciones presentes.

Y esto es lo que quiero destacar especialmente hoy. Creo que es sumamente importante asomarse a las ideas desarrolladas o esbozadas por ciertos maestros y ver —en una perspectiva diacrónica— de qué manera son completadas, modificadas, discutidas por investigadores posteriores.

No podemos hablar de ideas de avanzada, de nuevas tendencias sin volvernos a las raíces que, a veces, llegan de muy lejos y que están conectadas a la importancia de ciertas personalidades señeras en el campo histórico.

Por ello quiero destacar algunos de los temas que aparecen en el historiador hispano y que subsisten todavía, tratados tal vez diversamente. Lo que importa son las coincidencias de intereses, su persistencia y la capacidad del investigador de avanzada.

Creo que Sánchez-Albornoz fue pionero en temas que hoy preocupan y ocupan a los historiadores.

Se dedicó preferentemente a historia de las instituciones. Tendencia que hoy es retomada desde un nuevo ángulo, enfocada desde una nueva perspectiva y contando —entre otros— con los muy valiosos aportes de la antropología. Proliferan los títulos sobre Estado, instituciones y sociedad.

Sin duda, Sánchez-Albornoz, en esta línea, legó una obra que —realizada dentro de la perspectiva de una época— fructifica en la actualidad.

El ha afirmado en algún pasaje de su obra: “La despoblación del valle del Duero es la base de todas mis tesis sobre la historia institucional y vital de Castilla y España”. Ha unido dos términos importantes que, muchas veces, se han contrapuesto: *institucional* y *vital*.

Jacques Le Goff ha hablado de documentos vivos y de documentos muertos, entendiendo en esta última calificación a los documentos tradicionales y, en particular, a los jurídicos. Creo que es una calificación impropia. Que algunos documentos sean más atractivos no implica la menor vitalidad de los otros en que existen vida, pasiones, intenciones, aunque se enmascaren con lenguaje legal, con fórmula administrativa. El documento cancilleresco, por ejemplo, no es un elemento muerto, creo que sí presenta mayores resistencias al historiador que quiere manipularlo, cosa que puede hacer en mayor medida con fuentes de una naturaleza más abierta, que se presentan menos en guardia ante el asalto subjetivo del historiador, más dispuestas al diálogo [Nilda Gugliemi, *Sobre historia de las mentalidades e imaginario*, Buenos Aires, PRIMED-CONICET, 1991, p. 8].

Que Sánchez-Albornoz no creyó ver en la institución algo desprendido de la vida total de la sociedad aparece en el párrafo recientemente mencionado como en tantos otros. Por consiguiente, se acerca a las nuevas perspectivas desde las que son pensadas la historia institucional y la historia política. Según hemos dicho, las vigorosas ciencias nacidas o desarrolladas en el siglo XX han ofrecido su aporte a la historia: antropología, lingüística, psicología contribuyen a ordenar temas como espacio y poder, la figura del rey, el discurso político —que hoy me ocupa especialmente— y otros tantos.

No olvidemos tampoco que, a pesar del entusiasmo por “la nouvelle histoire”, el mismo Jacques Le Goff ha señalado en un

conocido artículo que la historia política ha de ser siempre el esqueleto de la historia.

Por tanto, en este fluir y refluir, en este incesante revenir, vuelven antiguos temas bajo nuevas apariencias.

Sin duda, Sánchez-Albornoz fue pionero y, además, hombre-historiador.

Si mencionamos brevemente algunos de los temas que han preocupado a Sánchez-Albornoz y que hoy han vuelto a tener importancia, no podemos soslayar el problema del feudalismo. No corresponde entrar en minucias y análisis de posiciones, se discute sobre *feudalismo y feudalidad*, sobre ámbitos centrales y periféricos, se adopta o no el francocentrismo. Lo que importa ahora es destacar que para Sánchez-Albornoz el tema fue preocupación central, resuelto de una peculiar manera.

Entre las nuevas tendencias historiográficas aparece una muy fuerte: el acercamiento al hombre cotidiano. Releyendo *España, un enigma histórico* me llamó la atención un apartado titulado "El rito y el gesto". Pensamos inmediatamente en la escuela de antropología histórica de la École des Hautes Études en Sciences Sociales que se ha ocupado con tanta intensidad de la gestualidad en los últimos tiempos, pensamos necesariamente en el libro de Jean-Claude Schmitt, *La raison des gestes dans l'Occident médiéval* [Gallimard, 1990].

¿Diferente concepción de la gestualidad? No es el momento de detenernos en ello. Lo cierto es que la idea está presente.

Y si hablamos del hombre cotidiano —al que se ha hecho protagonista insoslayable de la historia— no podemos dejar de mencionar las *Estampas de la vida en León hace mil años*.

Para concluir podemos decir que Sánchez-Albornoz no cultivó la historia como un mero saber sino se valió de él para comprender *honda y profundamente*, para ejercer respecto del pasado una función mayéutica. El quiso hallar las claves de la vertebración de España para entregarlas como legado —según las palabras de José Luis Romero [*La vida histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p. 24]— de su vida vivida como conciencia vigilante.

HOMENAJE A LA MEMORIA DE DON CLAUDIO SANCHEZ
ALBORNOZ en el décimo aniversario de su muerte,
organizado por el Centro Argentino de Estudios Históricos
"Claudio Sánchez Albornoz" de Buenos Aires
25 de octubre de 1994

Palabras de ofrecimiento de la
Prof. Dra. Delia L. S. Isola

Declaro en mis palabras iniciales nuestra intención de rendir homenaje al profesor doctor Claudio Sánchez-Albornoz en el primer decenio de su muerte, cumplido el 8 de julio del corriente año, en esta jornada de reflexión histórica organizada por el Centro Argentino de Estudios Históricos que lleva su nombre.

Mi contribución no irá más allá de unas aproximaciones a la teoría de la historia de Don Claudio y a su método de investigación.

Pensé que en la recordación de hoy, en homenaje a Don Claudio Sánchez-Albornoz, sería oportuno ponderar su obra en la siembra extendida de sus enseñanzas, destacar rasgos paradigmáticos, resumir su doctrina histórica, erigir su personalidad cívica y profesional en modelo de vida, afirmar su fortaleza moral y la exacta coincidencia entre principios rectores y acciones testimoniales —las probanzas gestálticas—, reconocer la pluralidad de los altos intereses humanos en esas reacciones frente a un mundo en cambio acelerado, estremecido por el acceso de las masas —¿quién no recuerda a Ortega?— al protagonismo histórico, no al simple agonismo, con su carga de promesas y de riesgos, perfilar su posición de testigo alerta, locuaz, combativo, suasorio, admonitor, según realidades enfrentadas, preminentemente ante los totalitarismos de nuestro siglo, en los que se sumergieron, no sabemos por cuánto tiempo todavía, las libertades y los derechos de los hombres y en los que se fatigaron y agotaron tantos cerebros lúcidos y ánimos alertas para prevenir y subvenir a remediar las consecuencias de los cataclismos políticos y sociales inevitables.

Respecto de Don Claudio esta enumeración podría extenderse configurando una personalidad de rasgos impares, múltiples, diversos, tendidos siempre a la exaltación de la dignidad del hombre y de la enorme y prometedor capacidad de ese hombre —que, además es el agente único de la historia— para hacer bien las empresas más arduas y más adecuadas al bien común.

La obra de Don Claudio historiador e investigador eminente no se agota en su labor de docente, por alta que sea la dimensión de su cátedra.

La obra de Don Claudio, organizador, innovador no termina en la preparación de uno, cinco, cincuenta seminarios, el *Anuario de Historia del Derecho Español*, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid o la cátedra de Historia de España medieval o moderna y los *Cuadernos de Historia de España* en Buenos Aires, además de sus visitas fecundas en siembra de labores a tantos centros especializados en el estudio del mundo medieval de Occidente.

Para Don Claudio historiador tuvieron igual validez la definición de su método para investigar y reconstruir el presente de hace mil años y la aplicación de ese método para el cual todo dato es igualmente válido o desechable; toda solución, aun la más fatigosamente extraída y fundada, puede ser igualmente provisoria sin que este conocimiento perturbe la continuidad y la intensidad del trabajo inquisitorio y crítico. Para el investigador admiten también presunción de validez los datos recogidos en el mundo histórico griego, romano, gótico, árabe, hebraico o cristiano; provengan de fuentes históricas o literarias, documento público oficial y documento privado, compromiso entre personas y entidades o papeleta comercial, el dato geográfico, lo regional, lo europeo, las influencias de y hacia España, las instituciones, las costumbres, las formas de vida, la ciudad, el campo como agro o como lugar de afincamiento, la iglesia, las lenguas y las otras formas expresivas, el trabajo y las condiciones de trabajo, la reliquia artística, el régimen social y las relaciones entre los estratos sociales, el trueque, el comercio, el sistema económico, la realidad demográfica, las comunicaciones, el transporte, etc.

Sobre todos y cada uno de estos aspectos y muchos más penetró el escalpelo del maestro para advertir singularidades, rasgos comunes, influencias unilaterales o recíprocas, fuentes de respuestas

veraces a los interrogantes subsistentes a una larga, tenaz, empecinada búsqueda de la respuesta técnicamente confiable.

A partir de esta teoría de la historia, continuamente enriquecida y de su método de investigación y de crítica, por los que llega a la determinación del sujeto y del objeto de la historia —el hombre capaz de descubrir y asociar trabazones subterráneas y vínculos visibles y de dar cuenta de las interrupciones aparentes, de explicar un silencio, una distorsión y de retomar el hilo asociativo venciendo el hiato y reconocer el objeto histórico en estudio— siempre el hombre es capaz de asumir su carácter de sujeto histórico, de agente de la historia porque es transformador del desarrollo social. De este modo el caos se hace mundo significativo y ordenado, cristaliza su actividad en estructuras racionales que a veces se destruyen en desmoronamientos imprevisibles (la Rusia de Gorbachov).

Fundado en su teoría de la historia y en su método de investigación Don Claudio es historiador y es maestro. El historiador produce una ingente obra historiográfica cuya extensión e importancia ya detallan varias bibliografías, ninguna exhaustiva ni definitiva, penetra con esta obra en los centros históricos especializados que la consideran de utilización imprescindible, que acatan o discuten sus asertos con infinito respeto por la riqueza de su erudición y la solidez de su reconstrucción histórica y es admitido, llamado, por los centros más prestigiosos de este Occidente cuya historia medieval ha develado con osada labor e infatigable laboriosidad en la porfiada búsqueda de documentación inexplorada o no suficientemente aprovechada.

Nos quedan sin referir otros muy importantes aspectos de su personalidad felizmente bien conocidos por todos los que gozaron de su trato.

Nos hemos reunido en el décimo aniversario de su muerte para reiterar reviviéndolos afecto, simpatía, admiración, acatamiento y reverencia. Quizá las notas más señaladas de aquella inolvidable relación maestro-discípulo fueran precisamente el afecto, la simpatía, el fervor, la disposición del ánimo todo tendido hacia él como respuesta a su actitud de entrega. Los discípulos reemplazamos aquí la ausencia de los hijos; el Instituto fue el hogar reencontrado; el trabajo la materia que llenó el vacío del exilio, vacío incompatible con la actitud vital de Don Claudio. Hasta los libros y los documentos

perdidos en España recobraron en paciente esfuerzo su lugar en la biblioteca de Don Claudio donde convivían con él y fueron tantos que hasta amenazaron con el desalojo de quien amorosamente los buscaba, los reunía, los leía, los llenaba de papeletas como llamaba él a sus fichas.

El rehizo, con sus discípulos y su material de trabajo, hogar y forja. Así nos atrajo; con la incitación a la faena, la propuesta de temas de estudio y de investigación, la palabra estimulante, la conducción imperceptible, la alegría compartida ante el éxito del discípulo, la alegría... "¿en dónde secará sus lágrimas mi pueblo que puede reir en la adversidad?", pregunta Castelar.

Don Claudio irradiaba un recio impulso vital confiado, audaz, seguro. Realizaba su trabajo disfrutando el don de Dios.

Esta dinámica vital expansiva se nos hacía atmósfera en la que todos sentíamos la felicidad de estar juntos al lado de tal maestro, empeñados en esfuerzos comunes, diversos y convergentes.

Además, convivíamos con un gran señor español, de hidalguía heredada. No es casual que el hidalguismo fuera uno de los temas de investigación propuestos para los actos del centenario. Su condición de hidalgo inspiraba, sin debilitar su reciedumbre, sus reacciones en la polémica a la que fue tan afecto por vigilia ciudadana e histórica.

Nos atraía su milicia civil. Conocíamos su militancia ciudadana: su intervención en la política en oposición a la dictadura y su participación en el partido de los intelectuales —Marañón, Azaña, Ortega— y en los cargos electivos y designados de la II República.

Nos imponía infinito respeto su fe en Dios, nunca coraza para él, y su credo liberal, siempre proclamados y defendidos sin envolturas crípticas.

Tuvo todas las características del hombre eminente. Conoció el orgullo de ser español y lo declaró.

Repitió en el siglo XX la aventura atlántica iniciada por España cinco siglos antes con lo cual ejerció personalmente la representatividad de la parábola de la civilización occidental.

Recordarlo en este homenaje impone un lenguaje apologético. Si vivir es trascender en los otros —como quería Unamuno— él vive multiplicado en todos nosotros. Y en muchos más. Nos sigue iluminando.

Recordé alguna vez que en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA nació a iniciativa de Don Claudio la escuela de medievalistas e hispanistas argentinos cuyos aportes han originado positivos contactos e interinfluencias con los más altos centros de estudio europeos y americanos, en los que muchos de estos discípulos penetraron precedidos por su propia bibliografía y en cuya función docente y tarea heurística participan con pleno derecho por la diversidad de su temática y por la seriedad, significación e importancia de sus conclusiones.

Tres de ellos, María Estela González de Fauve, Patricia de Forteza y Germán Orduna serán testimonio de que las esperanzas que Don Claudio formuló en el Prólogo del primer tomo de los *Cuadernos de Historia de España* ("Si no engendré reyes moros engendré a quien los venciera") "de dejar prendida en la Argentina la semilla de la investigación de la historia española que hoy empiezo a derramar entre los estudiosos" se han cumplido en amplitud y profundidad.

Maestros en esa escuela de medievalistas a ellos nos acogemos para el homenaje.

Una polémica ilustre: *España. Un enigma histórico*

En 1947 estaba gestándose en Buenos Aires la tormenta que desataría diez años después la aparición de *España. Un enigma histórico*. Sabemos por la *addenda* fechada por Américo Castro en diciembre de 1947, que las pruebas de *España en su Historia* habían sido corregidas por jóvenes colaboradores del Instituto de Filología, a quienes Américo Castro agradece el trabajo realizado.

Don Claudio pudo tener acceso a esas pruebas posiblemente a través de Machado Mouret, que había revisado todas las transcripciones árabes; el mismo don Claudio al ocuparse de la etimología de "fijosdalgo" en *Cuadernos de Historia de España*, XVI, 1951, p. 130 y ss., expresa:

“Por pura casualidad, de toda la obra de Castro sólo conocí en pruebas las páginas en que defendía tal teoría [es decir, el origen árabe del vocablo *fijosdalgo*]. Me apresuré a escribirle haciéndole ver la imposibilidad de que el vocablo usado en España musulmana [*ibn - al - jumis*] durante la primera mitad del s. VIII para designar a los cultivadores serviles del *jums* —es decir, de las tierras ganadas por la espada que habían sido incluidas en el quinto reservado al califa— hubiera llegado a aplicarse a los nobles castellanos. Le propuse que suprimiera de su libro tales páginas. Pero no escuchó mi alegato y en lugar de aceptar mi consejo, en una adición al fin de su obra, sin aludir a mi observación, intentó fortificar el ya para él mismo tambaleante andamiaje de su tesis.”

El añadido de Américo Castro a la primera edición de *España en su Historia* editado en Buenos Aires, en 1948, está en las páginas 686-9 con el título “Adición acerca de *hidalgo*” y resulta sorprendente porque se advierte que alguien le ha objetado su hipótesis de las págs. 71 a 76 sobre el origen del vocablo *hidalgo* y escribe esta *addenda* para reforzarla, aunque reconoce que “presenta más de un lado vulnerable” y que “puede ser [...] que yo esté en un error”.

Américo Castro nunca menciona a don Claudio como autor de la objeción, prefiere dejar en una atmósfera ambigua el motivo de la adición; pero el hecho le había tocado, porque en 1950 (*Romance Philology*, IV, 1, 47-53) y en 1951 (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, V, 69-71) insiste en la defensa de la etimología árabe (en esta última fecha, respondiendo a Nykl). Cuando en ese mismo año de 1951, don Claudio sale por primera vez a la palestra en *Cuadernos de Historia de España* con la nota que mencionamos más arriba (“¿De los Ban_-al-ajmās a los *fijosdalgo*?”) ha entendido que la polémica es insoslayable y que tendrá en Américo Castro un oponente; pero no rehuirá la pelea, aunque aminorando los golpes con corteses recuerdos a la confraternidad de los años madrileños en el Centro de Estudios Históricos bajo el común maestrazgo de don Ramón Menéndez Pidal.

La ocasión inmediata de respuesta indirecta, pero con golpes certeros, será dada por la aparición de una traducción célebre. Es una extensa nota en *Cuadernos de Historia de España*, XVIII, 1952 (pp. 130-151), titulada “Ante una versión de *El collar de la Paloma*”, la que iba

precedida de unas páginas liminares de Ortega y Gasset. El párrafo inicial define el tono y la referencia clarísima:

“No descubro ahora, ya cargado de años, a Ibn Hazm. Ello me ahorra de caer en arrobo ante su obra y el dejarme ganar por un peligroso entusiasmo de neófito: arrobo y entusiasmo que han perturbado el sereno razonar sobre las proyecciones históricas de *El collar de la Paloma* a otros tardíos conversos a la devoción del gran pensador hispano árabe.”

El párrafo es para una antología del estilo personal de don Claudio y su eficacia es la de un dardo cuidadosamente destinado.

A propósito de algunas objeciones a las páginas de Ortega, rápida y variadamente, menciona explícitamente a Américo Castro:

“Me permito anticipar aquí mi réplica a la pareja limitación que Castro hace de lo hispano” (p. 133).

Es el primer anuncio del libro que está escribiendo en respuesta al de Castro—muy probablemente “*el Enigma*”, como solía llamarlo después en forma abreviada—y que comenzó a redactar por el año 50.

Explícitamente lo declara en p. 134:

“Somos el pueblo de Europa que, por singularidades de su pasado—voy a intentar explicarlas pronto en un libro nada breve—está más cerca de sus abuelos milenarios”.

El vol. XIX de *Cuadernos de Historia de España*, en 1953, trae en sus págs. 129-145, toda una andanada de reparos y objeciones que titula “*Ante España en su Historia*”. El primer párrafo define nítidamente la línea de ataque:

“Me llega la noticia de que Américo Castro, ‘sin esperar a que se agote la primera edición de *España en su historia*, prepara la próxima publicación de un nuevo texto de su obra magnífica en que introduce grandes novedades. Este propósito de rectificación acredita su inquietud espiritual y su lealtad con los movimientos de su ánimo en torno al problema dramático del pasado de nuestra patria común. He anunciado más de una vez la inmediata aparición de mi interpretación personal del enigma histórico de España. Es notorio que me lancé a la atrevidísima aventura de investigar

y de meditar en torno a esa siempre viva cuestión llevado de mi disentimiento frente a la obra de Castro. He reflexionado mucho sobre ésta. Ante la noticia de que se dispone a rectificarla, me apresuro a brindarle el repertorio general de las fallas que encuentro en su conocida construcción teórica, con la esperanza de que esta enfadosa enumeración le mueva a modificar sus viejas teorías, ahora que se dispone a retocarlas."

Don Claudio agrupa las observaciones en secciones cuidadosamente pensadas:

I) "Falsas premisas", con 10 apartados;

II) "Errores de método", con 14 puntos;

Otros tantos en III) "Menosprecio y exaltación de fuerzas generadoras de la historia".

Don Claudio trata de alternar la fuerza del ataque con un párrafo que debe haber irritado a Castro:

"La formulación sintética de las observaciones que me sugiere *España en su historia* tiene que adquirir sin remedio un tono de censura difícil de evitar. Por la obligada concisión a que me es forzoso reducirlas y porque toda acumulación de advertencias críticas es tarea sobremañera ingrata. No la he acometido sin tristeza. Porque todo juicio adverso hiere y está además expuesto al deslizamiento hacia la aspereza y la violencia; a menos que se posea una extrema suavidad de maneras, un gran talento y una pluma muy dócil. Me faltan tales condiciones. Atribúyase a torpeza y no a la mala intención si tropiezo en el escollo que señalo."

Por lo ocurrido en la escaramuza sobre "hidalgo", era previsible que Américo Castro persistiera altivamente en sus ideas rechazando todas las posibles correcciones.

La polémica se había desencadenado francamente al aparecer en 1954 *La realidad histórica de España*, nueva versión de *España en su Historia*, que ya no se publicará en su forma original de 10 caps. Agrega 2 caps. al principio (c. II "Enfoque de la Historia" y c. III "Los visigodos no eran españoles"), rehace el primitivo cap. II "Islam e Iberia" en "El Islam e Hispania", desglosa el cap. VI en dos caps.

nuevos: el VIII "El Islam y la estructura vital del hispano cristiano" y c. IX "La épica castellana", y escribe dos capítulos nuevos al final (c. XIV "El judío en la literatura y el pensamiento españoles" y c. XV "Coherencia vital de la realidad española").

En 1956 sale de la imprenta en Buenos Aires, *España. Un enigma histórico*. El Prefacio que pone don Claudio a los dos gruesos volúmenes se mantiene en el tono amistoso con que quiso mitigar las fuertes críticas y reparos que suscitaba *España en su Historia* y que pudo mantener hasta en las fuertes páginas dedicadas al libro en 1953.

El Prefacio del "Enigma" nos revela la dimensión del impacto que la aparición del libro de Castro tuvo en la esfera personal de don Claudio.

"Desde que en plena juventud, leí la *España Invertebrada* de Ortega y Gasset, me vino a las mientes la orgullosa intención de escribir un día una interpretación histórica de España" (*Enigma*, p. 10).

Dedica una página del Prefacio a describir el proceso de honradez intelectual que lo llevó a postergar el proyecto juvenil en beneficio de la maduración intelectual y de la amplia información que éste requería: "primum legere, deinde philosophare" (p. 11). No obstante, reconoce: "Pero los españoles somos harto impetuosos y osados y demasiado inquietos e impacientes y no supimos esperar, en silencio, la hora para escribir sobre sólidos cimientos acerca de la génesis de nuestra estructura funcional" (p. 11). Las baterías están enderezando su puntería hacia el objetivo: la audaz precipitación de Castro. Pero, nuevamente, mitiga y posterga la referencia directa diciendo: "Y yo mismo, no obstante mi convicción acerca de lo poco que sabíamos de la historia española, me atreví, hace más de veinticinco años, a publicar, en un brevísimo ensayo histórico-literario, que titulé *España y el Islam*, mis pobres conjeturas de entonces..." (p. 11).

Poco a poco, don Claudio llega al núcleo del asunto que hoy nos ocupa:

"Durante dos largas décadas he ido exponiendo mi pensamiento sobre la génesis histórica de España, por escrito y sobre todo *viva voce, more hispanico* —en cursos y conferencias diversas y en algunos ensayos—, a la tímida espera de poder publicar un día la obra soñada en la ya lejana juventud. Pero entretanto ha publicado Américo Castro *España en*

su historia y esa publicación me ha creado un ingratisimo problema de conciencia" (pp. 11-12).

A continuación nos informa que el enfrentamiento intelectual viene desde lejos, y dice:

"Todavía en 1942 rechazó por dos veces mi viejo colega y amigo, en *Lo hispánico y el erasmismo*, mi añeja teoría sobre los resultados decisivos que los contactos pugnaces y pacíficos de España y el Islam habían producido en el hacer de nuestra patria común. De pronto, nuevo Saúl, también en el camino de Damasco, Castro se convierte a la doctrina que había combatido y, desenvolviéndola y transformándola, con gran agudeza y audacia, se lanza apasionadamente a demostrar que todo en España es resultado del maravilloso desborde de la marea arábigo-hebraica sobre los arenales peninsulares" (p. 12).

Esta hermosa imagen final del párrafo no puede negar su estirpe orteguiana en el mejor estilo. Lo que sigue, pone un empaque de serenidad de ánimo que sospechamos no debió ser tal:

"Me dispuse a leer *España en su historia* con ánimo propicio y con esperanzada confianza, pues era grande y sin reservas el crédito que me merecían el saber y la inteligencia de su autor [como vemos, don Claudio mantiene aún después de 1953, las buenas maneras]. Pero muy pronto —agrega— empecé a sorprenderme ante la desmesura y lo hiperbólico de las tesis de Castro y ante lo flaco de sus cimientos, las fallas de su método histórico, su desdén hacia importantes fuerzas generadoras de la historia y sus más aventuradas conjeturas", y concluye la reseña del episodio con el desenlace polémico: "La audacia de Castro suscitó la mía".

Ha sido el propósito de nuestra intervención en este homenaje a don Claudio a diez años de su muerte, poner a luz los prolegómenos de la ilustre polémica dados entre 1948 y 1956. La postura de don Claudio es bien conocida y la expone minuciosamente y con sobrada apoyatura documental y buena doctrina a lo largo de las 720 páginas del vol. I y las 691 páginas del vol. II, destinadas a replicar ordenadamente las tesis y errores de Américo Castro.

No obstante, a mi juicio, la exposición sintética de su réplica ante la primera respuesta directa e insultante de Castro es "Las cañas se han tornado lanzas", en *Cuadernos de Historia de España*, vol. XXVII, de 1958 (pp. 41-66). Por cierto que es la segunda parte de una colaboración titulada "Dos réplicas", y la primera de esas "réplicas" se titula "La saña celosa de un arabista", donde contesta a las críticas de Lévi-Provençal. La capacidad de reacción y belicosidad intelectual de don Claudio que contaba ya 65 años son dignas de parangonarse con la capacidad guerrera del Cid o de algún famoso caballero andante que hacía frente simultánea o sucesivamente a gigantes y endriagos, según fuera su ventura.

Ciñéndonos a nuestro propósito: de entrada el recordado maestro marca el cambio de tono que habrá en su respuesta: "Castro ha perdido la serenidad. Contra mi gusto ha trocado las cañas en lanzas y hasta ha envenenado su filo en el librito que acaba de publicar injuriándome" —alude a *Dos ensayos: Descripción, narración, historiografía. Discrepancias y mal entender*, México, D.F., Porrúa, 1956—, y agrega: "Torpe actitud: las injurias polémicas descubren siempre carencia de argumentos y la íntima inseguridad de quien las usa" (*l.c.*, p. 43):

En una nota de esta misma réplica de 1958, don Claudio expresa: "Es peligroso desafiar mi paciencia y mi laboriosidad, única virtud que Castro me atribuye. Mis lectores saben hasta qué punto son legión y son graves las acusaciones formuladas en mi obra; sin embargo, no he descargado aún toda mi artillería". Leyendo "Las cañas se han tornado lanzas" se advierte la amplitud y seguridad de información sobre su antiguo colega, que maneja con ingenio y puntería certera: señala el silencio desdeñoso de Ortega y el voluntario silencio de Menéndez Pidal y Marcel Bataillon, la réplica de arabistas y romanistas y de historiadores de los reinos españoles. Muy rápidamente señala el defecto básico en el actuar de Castro:

"Triunfó en él otra vez el ensayista frente al historiador. Su tarea era infinitamente más fácil y brillante que la áspera y oscura investigación de un problema histórico ignorado" (p. 56).

En esa línea golpea duramente:

"Mi antiguo colega madrileño alumbró en su mente una tesis cualquiera o recoge la tesis de otro ensayista —puedo

seguir la pista genealógica de algunas de sus más caras teorías—, no duda sobre la verdad de la idea concebida, no intenta comprobar su exactitud o su inanidad mediante su contraste escrupuloso con los textos disponibles. Se dedica a buscar pruebas en apoyo de su tesis, desprecia luego, claro está, cuantos hechos históricos le salen al camino en oposición a la fantástica concepción alumbrada y sin reparo alguno, salta sobre las décadas y los siglos con evidente desconocimiento y áspero desdén del inexorable correr del tiempo” (pp. 51-53).

Pasadas cuatro décadas podemos sintetizar los frutos de esta polémica. Para don Claudio, altamente positivos: dio pie para escribir esa madura síntesis de su labor de investigador sobre la historia de España que es el monumental *Enigma*, cuya publicación acrecentó su celebridad internacional y concretó el ambicioso proyecto juvenil, eco de la angustiosa interrogación de Ortega “¿Dios mío, qué es España?”.

En cuanto a la obra de su contrincante, don Claudio pulverizó *España en su historia*. De hecho, nunca se volvió a publicar el texto primitivo. Después de los arreglos, supresiones y nuevas redacciones de *La realidad histórica de España*, hechos en la edición de 1954 y que enunciamos hace unos minutos, la continuada crítica de don Claudio obligó a Castro a rehacer el texto de *La realidad histórica* totalmente, en la llamada “Edición renovada” de 1962. Castro reiteró sus tesis sin retroceder un paso; pero no pudo contestar ni a uno solo de los alegatos de don Claudio —sólidamente fundados en una realidad documental—, simplemente se redujo a desdeñosas frases descalificantes. Si revisamos la última forma y el contenido de *La realidad histórica de España* (1962), comprobaremos que Américo Castro eliminó todos los temas y referencias históricas que don Claudio había criticado, cambió totalmente el contenido primitivo y el ordenamiento de capítulos reuniendo algunos tópicos obsesivos como títulos de los nuevos apartados (“No había españoles en la Hispania romana y en la visigoda”, “Al Andalus como una circunstancia constitutiva de la vida española”).

Como hemos dicho, la verdad es que don Claudio demolió y pulverizó *España en su historia*, un libro incitante y rico en sugerencias, armado sobre datos inexactos con chispazos de ingenio y escrito por

un hombre inteligente y brillante. Don Claudio, con nobleza, reconoció las dotes de su antiguo colega. Así escribe en *Cuadernos de Historia de España*, en 1953: "Las obras que suscitan reacciones críticas y que atraen polémicas son obras por las cuales corre la vida" (p. 130) y en *Cuadernos*, 1958: "Siempre se leen con placer estos ensayos. Pero no añadirán nada al crédito de Castro como estudioso y como escritor" (p. 55, n. 17). Castro no pudo levantar ni una sola de las objeciones de don Claudio y optó por eliminar la prueba de sus errores y, manteniendo el título de la nueva versión de 1954, reescribió totalmente el libro en 1962. Confiaba en el correr del tiempo y en la eliminación de los textos que motivaron la polémica. En vano el lector desprevenido buscará en la nueva redacción de *La realidad histórica de España* el controvertido capítulo IX de *España en su historia* dedicado al "Libro de Buen Amor del Arcipreste de Hita", ni siquiera podrá hallar en el "Índice de personas, palabras y materias" la referencia a "Libro de buen amor" ni a "Juan Ruiz" ni a "Arcipreste de Hita" ni a "Trotaconventos". Don Claudio venció en la batalla, porque su causa era justa y sus armas se habían forjado en el trabajo continuado y en la reflexión penetrante y madura. Cumplió brillantemente su misión. ¡Dios haya la su alma!

Germán Orduna
SECRET-CONICET
Universidad de Buenos Aires

NOTA

También se leyeron en este homenaje los trabajos de la Dra. María Estela González de Fauve, catedrática y directora del Instituto de Historia de España "Claudio Sánchez Albornoz" de la Universidad de Buenos Aires, "Las instituciones en la obra histórica de don Claudio Sánchez Albornoz" y de la Dra. Patricia de Forteza, "Los estudios económico-sociales en la obra de don Claudio Sánchez Albornoz", los cuales se publicarán en revistas especializadas.

ABREVIATURAS Y SIGLAS

AEM:	<i>Anuario de Estudios Medievales.</i> Barcelona.
AHDE:	<i>Anuario de Historia del Derecho Español.</i> Madrid.
BAE:	Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
BBMP:	<i>Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo.</i> Santander.
BHS:	<i>Bulletin of Hispanic Studies.</i> Liverpool.
BC:	Biblioteca de Catalunya. Barcelona.
BNM:	Biblioteca Nacional. Madrid.
BNP:	Biblioteca Nacional. Paris.
BRAE:	<i>Boletín de la Real Academia Española.</i> Madrid.
CHE:	<i>Cuadernos de Historia de España.</i> Buenos Aires.
CLHM:	<i>Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale.</i> Paris.
CNRS:	Centre Nationale de la Recherche Scientifique.
CSIC:	Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
CuH:	<i>Cuadernos Hispanoamericanos.</i> Madrid.
Esc./Esur.	Escorialense.
Fil.:	<i>Filología.</i> Buenos Aires.
HR:	<i>Hispanic Review.</i> Philadelphia.
HSMS:	Hispanic Seminary of Medieval Studies. Madison.
JHPH:	<i>Journal of Hispanic Philology.</i> Tallahassee.
NRFH:	<i>Nueva Revista de Filología Hispánica.</i> México.
LLC:	<i>Literary and Linguistic Computing.</i>
RABM:	<i>Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.</i> Madrid.
RAE:	Real Academia Española.
RDTP:	<i>Revista de Dialectología y Tradiciones Populares.</i> Madrid.
RFE:	<i>Revista de Filología Española.</i> Madrid.
RFH:	<i>Revista de Filología Hispánica.</i> Buenos Aires.
RH	<i>Revue Hispanique.</i> Paris.
Ro:	<i>Romania.</i> Paris.
RPh:	<i>Romance Philology.</i> Berkeley.
SP:	<i>Studies in Philology.</i> Chapel Hill, N.C.
ZRPPh:	<i>Zeitschrift für romanische Philologie.</i> Tübingen.

Publicación impresa por
REPROGRAFIAS JMA S.A.
San José 1573 - Buenos Aires - Argentina
Tel: 304-0267 / 306-5566 - Fax: 304-9608

Incipit incluirá las siguientes secciones fijas:

ARTICULOS	(trabajos originales de investigación)
NOTAS	(trabajos breves, puesta al día sobre temas de la especialidad, <i>marginalia</i> de investigaciones en curso)
RESEÑAS	(sobre publicaciones últimas en la especialidad: problemas ecdóticos, ediciones críticas)
NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS	

y las secciones eventuales:

MISCELANEA	(trabajos breves que no entren en otras Secciones e interesan al campo de <i>Incipit</i>)
NOTAS-RESEÑAS	(sobre ediciones y estudios)
DOCUMENTOS	(fragmentos en prosa y verso que se incluyen casualmente en códices: rúbricas, anotaciones y toda <i>marginalia</i> en los códices digna de ser destacada)
NOTICIAS	(del <i>SECRIT</i> , de otros centros y de investigadores, Congresos y Simposios)

Las colaboraciones serán solicitadas por la Dirección o presentadas por miembros del Consejo Asesor. Deben enviarse en original y copia, mecanografiadas a doble espacio con un máximo de 40 págs.; las notas agrupadas al final. Los títulos de obras y de publicaciones periódicas se subrayarán; los de los artículos y colaboraciones en obras mayores se destacarán entre comillas dobles. Se podrán incluir grabados, dibujos, esquemas o reproducciones si son necesarias para el estudio. En caso de colaboraciones extensas, el Director podrá fragmentarlas para su publicación, previo consentimiento del autor. Se encarece la brevedad de las anotaciones y la debida comprobación de toda referencia y cita. Las colaboraciones rechazadas se devolverán por correo ordinario.

Las reseñas sólo se publicarán a requerimiento del Director y no llevarán notas.

Dentro de las posibilidades financieras, se entregarán 25 separatas y 1 ejemplar a los colaboradores del volumen. El director no se responsabiliza particularmente por las opiniones vertidas por los colaboradores.

Suscripción anual (un volumen) para el extranjero: U\$S 15 (individuales) y U\$S 18 (instituciones). El precio incluye gastos de franqueo vía aérea. El pago debe efectuarse mediante cheque o "money order" a la orden de Germán Orduna.

La correspondencia general, los pedidos de canje o suscripción y los pagos correspondientes a *Incipit* deben enviarse a nombre del Director, *Secrit*, Riobamba 950 (5°T) - 1116 Buenos Aires - REPUBLICA ARGENTINA

Para suscripciones en Estados Unidos y Canadá, dirigirse a nuestro corresponsal: Prof. Joseph T. Snow - Romance & Classical Languages - Michigan State University - East Lansing, MI 48824-1112 (U.S.A.)

Secretario de Edición: LEONARDO R. FUNES

PUBLICACIONES

1

Germán Orduna-Lilia E.F. de Orduna

CATALOGO DESCRIPTIVO DE LOS IMPRESOS EN ESPAÑOL DEL
SIGLO XVI, EN LA BIBLIOTECA "Jorge M. FURT" (Los Talas, Luján.

Pcia de Bs. As. - Argentina)

26 ej. desconocidas en los repertorios bibliográficos.

2

Pseudo-Aristóteles

SECRETO DE LOS SECRETOS (Ms. BNM 9428)

Edición, introducción y notas de Hugo O. Bizzarri.

Una versión castellana del Secretum Secretorum.

3

Pablo A. Cavallero

DEL SOBERANO BIEN

Romanceamiento castellano medieval de las Sententiae de San Isidoro

Edición crítica con introducción y notas.

4

Pablo A. Cavallero

CONCORDANCIAS DE DEL SOBERANO BIEN (c.1400)

Una investigación sobre la lengua de traducción en el medioevo.

EDICIONES CRITICAS

I

CRONICA DEL REY DON PEDRO Y DEL REY DON ENRIQUE,
SU HERMANO, HIJOS DEL REY DON ALFONSO ONCENO (vol. I)

Edición crítica y notas de Germán Orduna.

Estudio preliminar de Germán Orduna y José Luis Moure